

César Silva M.

## Sobre Educación

**L**A voluntad—y no es paradoja—se forma en el ejercicio de la voluntad. Acaso este don maravilloso del ser humano no es una fuerza virtual cuya potencia va sin cesar en aumento, como, con la presión o el vacío, progresa a cada instante el poder expansivo de un gas; sino que, más bien, la voluntad ha de ser una ordenación, una interdependencia estrecha, segura y consciente de los innumerables impulsos que integran el alma. Surgidos de todas partes del ser, mediante el silencioso llamado de una decisión, alistados a las órdenes de un jefe ideal, todos convergen hacia una meta o centro único, y cada cual, en la esfera de su valor específico, contribuye a la realización del fin propuesto.

Así, sumándose unos a otros, deseos, esperanzas, estímulos, emulaciones, instintos, aptitudes, sensaciones, sentimientos, ideas, etc., forman este amplio, sólido y hermoso edificio de la voluntad, cuya resistencia incommovible pueden poner a prueba en vano cuantos vaivenes imprevistos pretendan derribarlo.

Es, pues, la voluntad una resultante de otras fuerzas, y tanto mayor será cuanto la ordenación de todas sea más perfecta y acabada, cuanto la suma sea la expresión de mayor número de sumandos, cuanto éstos más depongan su antagonismo, su egoísmo, y, concertados, en vivo anhelo de simpatía, mejor jerárquicamente se congreguen a la voz soberana que los reúne y les pide colaboración.

Ocurre a veces, en el juego de fútbol, que un grupo numeroso de jugadores se aprieta alrededor de la pelota. Es un ins-

tante decisivo, crítico, dramático. Todos pugnan, cada cual estorba al contrario, y el círculo se descompone y recompone, se estira, se contrae, gira, se inmoviliza, y durante un tiempo, a favor de fuerzas que se estrellan y se anulan, la pelota no avanza, no se mueve, queda estacionaria. Alguno de los jugadores cae, otro es derribado, un tercero se retira impotente. No se sabe quién al fin va a triunfar, quién va a tener la suerte de dar el golpe decisivo, y a lanzar la pelota en una dirección cualquiera. Generalmente el azar interviene, y el jugador que menos vale es el que pone término a la contingencia, con un *corn* claudicante. Tal es, nos parece, la imagen del hombre perplejo, siempre víctima y juguete de su desorden interior, que alternativamente avanza y retrocede, a quien el destino, la fatalidad, las circunstancias, los temores, las veleidades, las concupiscencias atraen y detienen, sin que jamás se resuelva a tiempo, y que no va a ninguna parte, sino que es llevado.

Da pena tal desconcierto, y más cuando, comprendiendo y sintiendo su absoluta falta de eficiencia, el desgraciado se resigna y se abandona, gastado por la energía contradictoria que no puede aprovechar. La gente dice de él, en son de lástima: no tiene voluntad. No, sí tiene. Tiene tanta como el que más; pero la tiene en el más completo desorden, disgregada por el juego incoherente de los impulsos primarios que la componen. Si alguien fuera capaz de poner orden en su caos interior, de establecer la concordia y la paz entre los factores antagónicos, de poner freno a los elementos subversivos, de crear un engranaje cualquiera entre las piezas desquiciadas, seguro es que aun se podría sacar gran partido del infeliz.

Muy distinto es el espectáculo del hombre que ha logrado el equilibrio y la armonía de su máquina volitiva. Este posee un instrumento que a todo sirve, que a todo se adapta; para quien no hay desfallecimientos, ni desorientaciones, ni premuras anticipadas, ni lentitudes ociosas. Sabe siempre lo que quiere, y cuándo, y cuánto, y cómo. El amor, el odio, la ambición, la amistad, la generosidad, el sacrificio, el trabajo, el gozo, el dolor, son fogosos caballos que rige a su albedrío y en los cuales

traspone impávido valles y montañas, inconsciente de riesgos y peligros. El deber no le asusta, por peligroso que sea, y el triunfo no le desvanece, aunque el corazón le estalle. Todo en su ser vibra al unísono, y en la espléndida sinfonía, cada nota de la orquesta llega justa a su tiempo, reforzando el crescendo, unida desde lejos a la nota que lleva el canto. Su fuerza es su fe, y reciprocamente, y es tanta como la de las innúmeras gotas de agua que forman la ola gigante.

Así, en el corral poblado de aves, cuando cae por azar una semilla, cien aves acuden al punto con las alas abiertas, grandes y pequeñas. Son como los radios de muchas circunferencias, próximas o distantes, que convergen al centro de todas; y en ese centro vense, instantáneamente, todos los picos asestado al grano.

¡Cuánta energía hay allí recogida en un solo haz, que un solo apetito reúne, que un deseo imperceptible ha atraído y fijado!

Tal es la imagen de la voluntad cuando el hombre puede disponerla y concertarla, movido por una decisión. Pero si es grande esta fuerza, ¡cuán difícil es captarla y dirigirla a su fin! Todas las promesas, todos los halagos, todas las sugerencias, todas las órdenes, y castigos, y vergüenzas e infortunios pueden muy poco si previamente esa fuerza no ha sido educada por el padre y el educador, al través de mil experiencias variadas.

¡Cuánta energía y paciencia, cuánto tino y delicadeza, cuánta perspicacia e inspiración, cuánta solicitud, desvelo y amor sean necesarios, no lo sabremos decir, no lo podemos imaginar!

Cuándo hay que comenzar este trabajo y cuándo hay que terminarlo, tampoco es posible que lo determinemos, porque nunca nos parece demasiado temprano ni demasiado tarde. Tal vez en el primer año de su edad muestra el niño su primer acto voluntario, que la nodriza conoce, y tal vez en el momento de la muerte se realiza el último y más trascendental. El primero es un acto retentivo, que huelga nombrar, y el postrero es un acto expansivo, en el cual el hombre debe entregarse humilde y confiado, alegre y satisfecho, a la eternidad que lo

llama. Y este último, tan remoto como parece, depende del primero y de todos los que le siguen.

Cuidemos al niño, estudiemos al niño, penetremos en el niño. Podemos, escojamos, exaltemos sin desmayo. Un gesto vale tanto como un teorema, una sensación tiene tanta importancia como un razonamiento, un juego significa lo mismo que una idea abstracta. El caso es conocer todas las posibilidades provechosas que en él apuntan y rechazar las nocivas. Después del método general, los métodos ocasionales, los que hay que crear al par de las circunstancias, bastante dúctiles para que se adapten a las infinitas contingencias, sin que se mecanicen jamás. Un método vivo, como vivo es el ser a quien se aplica; un método discreto y prudente, un método respetuoso, que mire a lo más recóndito del alma, para que traiga a la superficie lo que debe salir a inundarse de luz, de aire y de sol. Y antes que los métodos todos, el culto a la niñez, la convicción de que estamos consagrados a servirla, a amarla, a respetarla, utilizando en ella todo lo que la civilización ha forjado de más útil, de más noble, de más puro y de más verdaderamente humano.

Así sólo sabremos lo que hay y lo que vale en el alma infantil. Arte, ciencia, filosofía, religión, no son más que un solo trabajo, una sola expresión; no son más que el afán de perpetuarse y de mejorarse que ha guiado al hombre desde su lejano origen, y que lo guiará hasta el término ignorado de la perfecta sabiduría, de la perfecta bondad.

\* \* \*

Paso a paso, como vimos, va organizándose la voluntad, polarizando en una dirección dada los elementos asimilables que pueden constituir la con ventaja y que al fin definitivamente la condicionan y le prestan la aptitud que necesita para desenvolverse y obrar.

En esta tarea, que incumbe al educador, y sin la cual no hay educador digno de llamarse tal, es lo primero co-

nocer el alma y el organismo todo en todas sus determinaciones, en sus raíces y ápices más escondidos, en el proceso y camino que toman según las circunstancias, y en el florecimiento pleno a que alcanzan o pueden alcanzar. Sólo así llega a formarse un sistema coherente, unitario, de cuya riqueza y eficiencia responden la solaridad de los componentes que integran el conjunto y la variedad y número de los que han sido admitidos en el consorcio.

No es, pues, la voluntad, como antes se admitía, un poder mágico independiente, que, desde un trono, expide sin apelación las órdenes que debe ejecutar la grey sumisa que lo acata; que, cetro en mano, castiga al rebelde, amonesta al remiso y sonríe o premia al adepto. Tal voluntad, aun infusa y omnimoda, correría el riesgo de verse desobedecida u obedecida de mala gana, y al cabo perdería todo prestigio. Resignaría entonces su poder, y en lugar de ella se instalaría en su reino una anarquía proporcional a su despotismo. La voluntad de que hablamos es más sencilla, menos penosa y más digna. Esta voluntad recibe sus poderes por mandato expreso de sus adherentes, cada uno de los cuales le entrega espontáneamente sus intereses en custodia, previo el usufructo que a cada instante le pide. Con esos intereses o capitales la voluntad comercia o desarrolla todas aquellas actividades u operaciones que convienen a la compañía, sin que jamás uno solo de los socios pretenda rescindir el contrato. Si lo pretende, inmediatamente queda descalificado y relegado, por acuerdo tácito de la abrumadora mayoría. De manera que, o bien se conforma y entra de nuevo en la sociedad, o bien miserablemente perece.

Porque en esa sociedad o voluntad, como puede decirse, no hay cabeza visible y por sí responsable. Saca ella su energía total, incontrastable, de la suma de energías parciales que la constituyen y es un todo homogéneo, en que cada parte tiene vida por sí y participa de la vida que da y que recibe. Es como la esencia de ese cuerpo moral, en el que todas las propiedades, visibles o invisibles, son el cuerpo mismo, y sin una sola de las cuales el cuerpo no existiría. Peso, color, olor, tamaño,

figura, densidad, movimiento y cuantas otras se agreguen, son sólo aspectos de una misma entidad, irreductibles entre sí, pero inseparables. ¿Puede concebirse un cuerpo sin peso o sin figura, sin densidad o sin tamaño? Tampoco puede concebirse una voluntad sin sensaciones, sin sentimientos, sin instintos, sin tendencias, sin aptitudes, sin ideas. En ciertos cuerpos, o según el cuerpo, el peso aumenta o disminuye, la fragancia es mayor o menor, el colorido más o menos brillante. Hasta es posible intervenir y variar *ad libitum* estas propiedades. Del mismo modo, en la voluntad, según los casos, puede proporcionarse o dosificarse el valor correlativo de sus distintos elementos, a fin de dar a cada uno el sitio que le corresponde según su clase, según su importancia, y según el papel a que se le destina y va a desempeñar.

El educador, árbitro de esta ciencia, es el llamado a juzgar de su eficacia y acondicionarla a los fines que persigue. Con los medios que le dicte su experiencia de todos los días, con los medios que ponen a su disposición y a su alcance su talento y su sabiduría, su fe y su constancia, su entusiasmo y su amor, entenderá cómo puede propiciar el desenvolvimiento paralelo, solidario y armónico, de las distintas fuerzas que van a componer el todo y a dar al niño el irresistible anhelo de conquistar el mundo por su solo esfuerzo, por su solo mérito, por su solo valor, por su sola virtud. Él sabrá cuáles instintos conviene fomentar, cuáles aptitudes conviene preferir, cuáles sentimientos conviene educar o depurar, y cuáles ideas conviene hacer valer. Si esto hace, no hay duda de que el niño llegará a un perfecto conocimiento de sí mismo y, por tanto, de lo que puede, porque estará ya acostumbrado a medirse y a pesarse en cada caso, y en cada caso estará también acostumbrado a palpar y a sentir la dependencia y la relación de los medios a los fines, de él a sus propósitos, del gasto al rendimiento, del ensayo al éxito, del sacrificio a la recompensa, del trabajo personal y honrado a la alegría y a la dignidad.

Corona de toda obra emprendida es saber que uno se basta a sí mismo, que no hay dádiva o premio que a éste se aven-

taje. que no hay pena que no provenga de ignorancia o de incompetencia, que no hay desmayo o vencimiento que no radique en la anarquía de la voluntad, que no hay peor vida que la vida trunca, que no hay peor hambre que el ocio, porque las engendra todas, y que no hay peor desesperación que la que viene de la impotencia.

En el Universo, del que apenas concebimos sino su orden, todas las esferas se mueven regidas por un solo impulso, que en todas ellas radica. Ni uno solo de los soles, por grande que sea, ni uno solo de sus mezquinos satélites, halla el menor tropiezo en su camino por el infinito, ni uno solo se sustrae a dar y recibir la ley. En este otro Universo interior, que es el alma, hay también orbes no menos prodigiosos que aquellos, y más complicados, porque tienen conciencia y fines dispares. Estudie y conozca el educador este mundo, hasta donde la ciencia más avanzada y más minuciosa se lo permite, y no tardará en hallar, bajo las apariencias contradictorias, la ley implícita que lo gobierna.

Unidad, amor, se llama esta ley. Pero unidad de mil impulsos que un examen superficial creeria inconexa; pero amor que a primera vista creyérase bajo, interesado, deleznable, y que no es al fin sino aspiración de todo bien, del bien sumo y perfecto.

Por eso el educador tiene que comprender esa unidad, y tiene que concebir y amar ese bien. Si no puede, declárese honradamente incapaz y pida ser educado.

\* \* \*

Del contenido y generación de la voluntad, ya establecido, puede pasarse a un ejemplo práctico que contenga elementos estéticos o morales dignos de ser aplicados a la educación. Así podrá verse, como en un espejo de aumento, qué fuerza impulsiva o determinante tienen aquellos motivos, o algunos de ellos, en la actividad humana, noble y desinteresada.

Para este propósito, elegiremos una actividad imaginaria, pero de todos conocida: elegiremos «El Quijote».

«El Quijote», como obra meramente estética, de intensa y elevada fruición, no tiene par en ninguna literatura moderna. Ninguna obra como ésta ofrece mayor visión sintética ni más extraordinaria pujanza analítica. El estudio de la realidad en ella, sin ociosos pormenores, penetra en todos los aspectos de la realidad, sin subordinárseles a subjetivismos particulares; y su carácter integral, simbolizado en sus dos inmortales protagonistas, se traduce en una tendencia espiritual de rico y profundo contenido, de trascendente e inagotable aroma, que baña el libro en resplandores de eterna luz. El genio intuitivo de Cervantes ha operado este milagro. Su intuición, penetrando en los seres y en las cosas con incansable mirada de amor, los ha atravesado, y, sin olvidar el aspecto, les ha arrebatado la esencia. Por el solo aspecto pasma la amplitud de su visión, esa facilidad y esa seguridad para apoderarse de la variedad y, dentro de ella, de lo característico; de lo que, sin desvirtuarla, es lo más amable, lo más donoso, lo más artístico, lo más transformable en objeto de deleite, de sana y eficaz alegría. Por el lado esencial, su creación resiste a todas las innovaciones, a todas las teorías, y triunfa de todos los parangones. El escudero es un carácter tan ideal como el de su amo, aunque en plano inferior, y está formado, amasado más bien, con todas las cualidades humanas del término medio de la época y de todas las épocas. Y estas cualidades, con ser tantas, no se contradicen, no se anulan, sino que se conciertan y amalgaman en un ser especial, mitad hombre, mitad tipo, que alternativamente se proyectan en soberana coherencia, en indestructible armonía. Por añadidura, Cervantes les ha infundido un aliento misterioso, único, sin ejemplo: la gracia inimitable, indefinible, que brota luminosamente, como halo que se va formando, como sonido que conduce el aire, hasta el oído atento, en la calma de la media noche. Es una gracia que tiene su ritmo propio, combinación musical de instrumentos desconocidos, que en raros momentos del alma hemos llegado a discernir; que nunca es más

de lo que debe ser, y nunca menos; que puede llevarnos a la carcajada franca, pero que no deja resabio extraño, como no sea la gracia misma; que más a menudo suavemente nos complace, nos dilata con delicadeza el corazón, nos depura el espíritu, y nos suministra el regalo de una brisa templada, por cuya virtud la sangre se descarga, y sentimos por dentro un rocío fresco que precipita los vapores y nos restaura sin violencia, con hadada mano.

El caballero, por su parte, se apodera de nosotros de otra manera. Pero como no intentamos ahora de exprofeso hacer la crítica del libro, fuerza nos es contraernos a nuestro punto de vista educativo, objeto de estas reflexiones. Al azar de ellas, por lo demás, irá apareciendo el máximo significado del ingenioso hidalgo.

En el ocio forzado de su aldea, Don Quijote ha ido leyendo libros y libros de caballerías. De todos aquellos Esplandianes, Belianises y Galaores no sacó el caballero más que una sola enseñanza: la de que era necesario, así para el aumento de su fama como para el provecho de su nación, el salir a restaurar el mundo y a ejercitar en él las fuerzas de su corazón y de su espíritu. Y apenas lo decidió lo puso en obra; pero no lo decidió de improviso y, bien que loco, no dejó de tomar sus precauciones. Días y días, noches y noches, luengos años, sin duda, estuvo enfrascado en la lectura; y mientras leía y meditaba, con tan pertinaz constancia, la noción de sí mismo y de su situación acabó por desvanecersele y trocarsele en otra. De viejo y menguado de fuerzas que era, se creyó pujante y joven; de ordenado, al parecer, que estaba el mundo, él lo vió presa de la discordia y de la injusticia; de ligado a sus pegujares que debió estar, por razón de su indudable interés, se sintió libre y sin compromisos, en condición de entregarse, sin reparo alguno, a su heroica misión. ¿Cómo se operó en él tan extraño cambio, tan extraño que fué necesario, para hacer verosímil el efecto, que Cervantes le trastornara el juicio?

Mirémosle leer y procuremos adivinar lo que pasa en su interior. Media la noche en la aldea, y en toda la casa del hi-

algo no hay más ruido que el chisporroteo del blandón que le alumbra la cara y el libro recostado en el pupitre. En esa cara se acusan la nariz de águila, imperativa, y la elevada frente. Los bigotes largos, gruesos y caídos, oscurecen la boca contraída y añaden sombra a la sombra de la barba. De pronto, algo le agita el pecho y le acelera el pulso. Una raya gruesa le surca la frente, entre las cejas. Un brillo, un fulgor, se le enciende en las pupilas, y los ojos miran al vacío, clavados en un punto lejano. En la fuga de lo que lee y del espectáculo que la lectura le proyecta, se alza de la silla, da dos o tres pasos por el gabinete. Su alta sombra, retratada hasta el techo en el muro, lo deliene un instante y lo inquieta. ¿Qué es ello? ¿Un gigante, un vestiglo? ¿Arcalaus, el encantador? ¡Dios de Dios! Se vuelve, busca algo, pone la mano crispada sobre el atril, lo empuña, y el ruido que hace el libro, cayendo al suelo, lo despierta. Párase entonces perplejo, no sabe qué hacer. Otro ruido, más revelador, que viene del cuarto contiguo, atrae su atención. Es el ama o la sobrina que, dormidas, roncan. Vuelve a sentarse, algo más sosegado, y continúa leyendo. Otra noche, con pequeñas variantes, ocurre el mismo proceso, se desenvuelve la misma visión, hasta que la realidad y la fantasmagoría se confunden, y él no puede ya distinguirlas. Su educación, su transformación están ya terminadas. No es ahora Alonso Quijano el Bueno, es Don Quijote de la Mancha, el heroico.

¿Cómo se ha operado este paso que nos va a brindar en seguida la serie inaudita de sus aventuras, de sus temerarias proezas, de su invencible constancia, de su magnanimidad y valor a toda prueba, de su generoso empeño de justicia distributiva?

Vedle un poco por dentro, un poco en espíritu. El hidalgo, como de costumbre, está leyendo. Al par que lee, innumerables sensaciones y representaciones, sentimientos y tendencias, conmueven su ser y se agolpan en su espíritu, traducidas y prolongadas en emociones intensas. La emoción vibra, lo inunda, y lo desborda. Tan dinámica se vuelve que, por momentos, se hace activa, y se actúa en el campo de lo imaginario, a donde

el caballero la sigue, arrastrado por ella. La lectura es acto, la visión es acción, el impulso es voluntad. Aquello ha creado esto, como una inducción crea una ley, como una experiencia crea una convicción, como un raciocinio crea un axioma. Vedlo, pues, ahora, cómo sonríe, plácidamente echado sobre el respaldo de su silla, el brazo derecho extendido; una turba ordenada y ceremoniosa de gentiles-hombres, donceles, pajes, dueñas y azafatas desfila delante de él, en la cámara regia. El, sobre sitial de honor, indudablemente de marfil, bajo los dosceles de brocado, recibe y acepta el homenaje. La exaltación del triunfo, de una vida coronada por el éxito, no amaga su grandeza, no deslustra su intención. Muchos años corridos, una serie incontable de hazañas felices, han divulgado su nombre y le han granjeado el premio que ahora se le discierne. El vale porque ha sabido valer, y en su valor no encuentra aquello desmerecido. No se engríe, ni tampoco se arredra, porque la magnitud de su obra ha sido en pro de lo bueno, el enorme esfuerzo emprendido ha aquilatado su pecho. Ahora distribuye mercedes, y torna de nuevo a apercibirse para reanudar el hilo de sus portentosos trabajos.

¿Esto ha hecho el caballero? ¿Pero cómo, cuándo, en qué circunstancia?

Como se ha visto, lo ha hecho en un período que llamaremos de entrenamiento, de auto-educación. Cada una de las aventuras que acometerá más tarde, frente a la vida real, la ha vivido en su alma, con tal brío, que ha rematado en locura. Y al vivirlas, se ha predispuesto de tal manera a la acción, que la acción es ya inseparable de la esencia de su ser, amoldada y dirigida a ella. No hay contingencia que el caballero no haya de antemano resuelto, en esa vida preparatoria, y que de hecho no resuelva después, con arreglo a un norte único. El ejemplo de Amadis, la emulación con que le instaba el espíritu caballeresco, la ambición de gloria, la honorabilidad de las intenciones, y todo el cortejo de riesgos vencidos, tan gratos al alma, vinieron a templar su carácter, a disciplinar su voluntad, y a infundirle esa fuerza que se ríe de los obstáculos, des-

preciándolos. El caballero no es grande solamente porque acomete impávido empresas temerarias; es más admirable todavía, porque, vencido en todas, no cree en el vencimiento, no cree en la imposibilidad de vencer.

¿Cuál milagro dispuso ese espíritu en tan ordenada y vigorosa síntesis, hacia un fin de que jamás se distrajo, en que jamás falleció con el más mínimo desfallecimiento?

Hemos dicho que Don Quijote vivió su vida antes de acometerla. Batallas, pependencias, desafíos, requiebros, amores y tormentas imposibles—como dice Cervantes, en son de burla—no fueron para él, mientras leía, mero espectáculo, grata y divertida visión. Fueron drama apasionante, en que él se arrogó el principal papel, la jurisdicción responsable. Al par que actuaba, por lógica necesidad y encadenamiento, disponía y prevenía, preparaba y concertaba, sustituía y completaba, iba del principio al fin y del fin al principio, sacando de él mismo sus colaboradores, enardeciéndolos, persuadiéndolos y estimulándolos, hasta reunirlos en haz tan apretado, tan inextricable, que ninguno pudo después fallarle. Corazón, alma, espíritu, voluntad, pasión corrieron a reunirse en la punta de su deseo, al conjuro del ímpetu galvánico que atravesó su ser, exaltado por mil conmociones y emociones. El sedimento de hoy fué surco mañana, después río, después mar; y por ahí se abrió el cauce la corriente impetuosa que llevó las naves armadas, invencibles, de la victoria.

¿Queréis verlo en la prueba? Tomad el libro por cualquiera parte y poned atención. Aquel es un molino de viento o un gigante, tanto da. Siempre es un obstáculo, una cosa que hay que vencer, pese a la dificultad del caso. El caballero arremete y cae al suelo. ¡Grande algazara, inaudita quijotería! Pero espera un poco. Dolido y derrengado, Don Quijote se levanta. ¿No es un gigante? No, no es. Eso creen todos; pero Don Quijote no se convence, ¿cómo había de convencerse?, y replica que nadie sabe nada, porque aquel gigante, o aquel molino, o lo que sea, ha sido transformado en otra cosa, por envidias que ciertos malos encantadores le tienen. Si así no fuera, ¿cómo

pudo él tener mal éxito? ¿No es él invencible? ¿No sabe él a dónde va, no sabe él lo que quiere y se propone? Si lo sabe, si su valor es a toda prueba, ¿qué importa una contingencia desgraciada, cuando nada ni nadie puede disuadirlo, obligándolo a volver atrás? Ya se concentrarán los casos y se ofrecerán mejores coyunturas. Esto es lo que importa, ésta es la esperanza que no hay que abandonar, la resolución que hay que mantener, contra todo fracaso.

Don Quijote se alza, pues, con nuevos bríos del suelo, aunque con cierto despecho interior, que lo reafirma en su empeño. «Ya os tengo de probar, fementida canalla, que contra mí no hay engaño», dice entre sí y para sí, y continúa su camino adelante, preocupado sólo en cómo reparar el desperfecto de su lanza.

En otro pasaje del libro, el más significativo y noble de su espíritu, Don Quijote pelea con el caballero de la Blanca Luna. El malsín lo ha retado a duelo para que Don Quijote confiese que no es Dulcinea la más hermosa princesa del orbe. Lo que se le pide es la retractación de la más pura, de la más ideal convicción del caballero, aquella por la cual Don Quijote es lo que es, según él cree. Ha sido concertado a que el caballero vencido lo confiese y se someta a la voluntad del vencedor. El caballero de la Blanca Luna triunfa y derriba a Don Quijote; y cuando, para arrancarle la confesión, le asesta la lanza sobre la visera, Don Quijote, doliente y aturdido, le responde: «Dulcinea del Toboso es la más hermosa mujer del mundo, y yo el más desdichado caballero de la tierra, y no es bien que mi flaqueza defraude esta verdad. Aprieta, caballero, la lanza, y quitame la vida, pues me has quitado la honra». ¿No es esto sublime? ¿No es éste el grito de la conciencia que se rebela contra la adversidad, contra la fatalidad, y que triunfa de ellas por su sola virtud trascendente? Don Quijote prefiere morir a confesar. Si hubiera confesado, habría destruido en un instante toda su vida pasada, ejemplar y egregia. ¿Quién habría creído en él entonces? ¿Cuándo sus hazañas hubieran podido ser esculpidas en bronce, para modelo de las generaciones venideras? El caballero de la Blanca

Luna así lo comprende, y desiste de obligarlo. Y es que con este solo acto, Don Quijote se corona a sí mismo con aquel laurel que adorna las sienes del valor que triunfa de la muerte. El caballero ha hecho honor a su palabra, ha sellado su vida en la prueba final, más temerosa que todas, y la ha sintetizado en un lapso instantáneo, arrojando sobre ella más luz que la que vier-ten en los siglos todos los astros del firmamento.

Sin jactancia alguna pide el hidalgo morir, con tal que su convicción siga viviendo y pueda el mundo admirarla e inspirarse en ella. Porque ¿qué es la vida que no está de acuerdo con la conciencia? ¿Qué es la palabra que traiciona al pensamiento? ¿Qué es prometer y no cumplir, empeñarse y luego arrepentirse, ofrecerse al peligro y en seguida tener miedo, provocar un conflicto y eludir la responsabilidad, cometer una falta y pedir perdón? Tal vida, debemos decirlo, es vida de eunucos, de castrados de la voluntad, de gentecilla ruin que vive de expedientes, de tretas y argucias, y que infestan y corrompen al mundo más que los malvados y los criminales.

El educador, responsable ahora de la moral pública, de la rectitud y entereza de los ciudadanos, debe cuidarse de que no se multiplique esta ralea amorfa, insensible, cobarde, abyecta, ferozmente egoísta. Desde la infancia, sí, desde la infancia comienza a insinuarse este virus corruptor, y cuando toma cuerpo, no hay antídoto que lo destruya. En todas las capas sociales se instala y difunde, y adopta todas las formas, de la hipocresía a la crueldad, de la mentira al perjurio, de la fanfarronada al cinismo, de la socarronería a la mentecatez.

Pero volvamos a nuestro asunto. Dejamos a Don Quijote vencido, obligado a deponer sus armas. El se resigna, porque es leal y sabe cumplir con su deber; y hechas un atado, las lia a las ancas de Rocinante, al que guía de las riendas, camino de su casa. Pensamientos tristes ocupan su memoria, tan tristes que no los hay mayores ni más punzantes. Al fin, restituído a su hogar, le toman unas calenturas, y, testado y confesado, muere. Al morir, pide perdón del daño que ha hecho y del engaño en

que ha vivido. Concédente todo, y vuela su alma al cielo, a la eterna inmortalidad.

Pero cosa curiosa: ¿de qué se culpa el caballero, de qué se arrepiente? En su limpia vida, en su luminosa conciencia ¿qué pecado ha cometido? Errores pequeños, bagatelas, fruslerías, que sólo sirven para realzar su intención, sus honrados pensamientos, su humano y cristiano propósito. Una bacía que le pareció yelmo, una aldeana que se le antojó princesa, una venta que tomó por castillo, una manada de ovejas pacíficas que creyó ser ejército invasor. Eso es todo. Pero ¿cuál de nosotros no ha cometido innumerables veces los mismos yerros, por ignorancia o por malicia? Los mismos, aunque generalmente al revés. No es la campesina zafia vuelta en noble dama, es la esposa infeliz modelo de abnegaciones, que se deja por codiciosa cortesana; es la joya valiosa, reliquia y recuerdo de la madre, que se pierde, empeñada, para comprar una noche de orgía, para pagar una caricia impúdica, entre los hipos de la beodez; es el palacio suntuoso o la casa modesta que se comprometen en una operación de bolsa, para escalar de súbito una altura expectante y continuar embaucando a los crédulos y a los páparos. Es todo esto y mucho más. Porque hoy casi todo es bacía de barbero, y casi nada es yelmo de Mambrino que se defiende contra los cuadrilleros. ¿Y cómo han de ser yelmos? Los yelmos se ponen sobre las sienes, orgullosamente, y hablan de proezas y victorias, con sus galanos y viriles penachos; pero las bacías, precioso símbolo, sirven para recibir el jaboncillo y los pelos que un diestro rapista nos monda meticulosamente de la cara, enjutándonos con algodones. Así es nuestro esfuerzo y nuestro oficio. Esfuerzo y oficio de barberos, de esponjas y agua tibia. Pero ¡cuidado! que debajo del jabón suele haber lejía, y nos desuellan.

En fin, veamos modo de llegar a una conclusión. Estas reflexiones, que pudieran extenderse, bastan a dejar establecido, para los fines que buscamos, el carácter de máxima virtud sacramental del hidalgo y del libro que narra sus aventuras. Libro y caballero son la misma cosa, siendo el uno al otro, y reci-

procamente, como la tierra es al sol. Día a día sale el astro, al primer albor de la mañana, y recorre, vivificándolos, toda la extensión de mares y continentes, hasta que, sepultado en la noche, nos hace buscar el sueño reparador. Del mismo modo, en la primera página y línea del libro, aparece el invicto amante de Dulcinea, congregando a su alrededor todos los seres y objetos de la fábula, iluminándolos con su luz poderosa, hasta que, habiéndoles comunicado relieve y vida inmortal, se separa de ellos por otra vida más serena y más pura. Desde esa otra vida, a que muy pocos lo han seguido, continúa resplandeciendo para todos, contemporáneos y venideros, por los siglos de los siglos, de uno a otro polo. Al abandonarnos en vida, cuidó de dejarnos, en enseñanza, el ejemplo de lo que fué y de cómo llegó a serlo; empeño que, para un hombre solo y de carne mortal, fué sin duda estupendo, y que jamás ha vuelto a repetirse. En él se dieron y juntaron dos naturalezas distintas, una loca, otra cuerda, pero de la misma esencia. Con una de ellas nos amonesta suavemente, deliciosamente, como si de él emanara un fulgor que penetra el alma, a la bondad, a la rectitud, al deber de conciencia, cumplidos sin alarde, como sólo la virtud debe cumplirse; y con la otra nos manda imperativamente no retroceder ante la fiera y hosca realidad, que, con sus mil caras cambiantes, agresivas e imprevistas, por todas partes nos acecha. Vengan, pues, gatos de Altisidora, murciélagos de Salamanca, jayanes, endriagos o vestiglos, todo es uno, el ánimo no debe jamás amedrentarse. Si no se pueden vencer, es que hay encantamiento; pero el encantamiento no supera al esfuerzo, no paraliza el alma. A veces, casi siempre, un encantamiento no es más que la proyección del miedo, y bastan unos cuantos azotes para ahuyentarlo. Si Sancho se los hubiera dado... Démonos, pues, unos cuantos azotes, cuando nos sorprendamos titubeando, y veremos cuán presto caen las aparentes y ridiculas narices de Tomé Celial, que tanto pavor nos infundían. Pero mejor que los azotes es encomendarse de todo corazón a la señora Dulcinea, es decir, al valor de un ideal, íntimo al espí-

ritu. y que el espíritu ha creado de su propia y condigna sustancia.

Esto, en sustancia también, nos legó Don Quijote. De una vana lección de libros disparatados, llegó él a la convicción de su admirable capacidad para realizar lo bueno, y, realizándolo, se sublimó y quedó como ejemplo. No hay otra armonía más perfecta que su vida, no hay otra virtud de más soberana eficacia que la suya. Venteros y galeotes le temieron y le acalaron; duques y duquesas le admiraron y le sirvieron a su talante; el cura le quiso y le amó; el buen Sancho dejó por él su casa, y despedido, se compungió y lloró de arrepentimiento, y todos, cual más, cual menos, a despecho de su locura, a despecho de las burlas, reconocieron en él una fuerza superior, una superhombria intachable e inconfundible, que los dejó embelesados, incapaces de discernir con claridad el tamaño de su grandeza.

Este prodigio no se hizo en un solo día, pero arrancó de bien pobres fundamentos. Insignificantes medios exteriores le ayudaron a conquistar el mundo, o, más propiamente, su mundo de él: el rocín menguado y las armas tomadas de orin de sus bisabuelos. Porque, verdaderamente, cuando falla el corazón y no hay bastante luz en el espíritu, sobran los recursos ingentes, que entonces estorban y desconciertan. Procuremos ir, sea a donde fuere, sólo con nosotros mismos. El mundo se doblega fácilmente a la honradez y al carácter, porque no hay flúido que sugestione con más rapidez que ese que viene de las entrañas, después de haber atravesado, en lento y progresivo ascenso, el organismo y el alma, hasta salir, convertido en la palabra que no engaña, en acto que no miente, por la boca de la sinceridad y de la buena voluntad.

A los educadores toca aprovechar esta lección del Caballero de los Leones. Ellos tienen más recursos, disponen de mejores armas. ¿Cómo no han de conseguirlo? Se dirá que no basta ser pedagogo; que precisa ser artista, crítico, pensador, filósofo. Sin duda, todo eso hay que ser. ¿Y por qué no? La tarea que se les encomienda es ardua, es compleja: es, como quien no dice nada, penetrar en un mundo virgen, ignoto, donde empiezan

a descorrerse apenas mares y cielos temblorosos, como en el caos primitivo. Pero en ese caos aparente están todos los gérmenes que buscan. Si saben ayudarlos a crecer, a prosperar; si saben lo que cada uno de ellos necesita, es seguro, es indefectible, que el niño está salvado. ¡Corramos, pues, a salvar a los niños!